

Los libros de Arciniegas

Juan Gustavo Cobo Borda

Desde los viajes de Cristóbal Colón hasta la caída de Salvador Allende, en Chile, los libros que Germán Arciniegas (1900-1999) donó a la Biblioteca Nacional de Colombia constituyen un acervo bibliográfico de primer orden para la comprensión de la historia de América.

Con este último gesto de su periplo intelectual rubrica su arraigo en tierra colombiana y su preocupación constante por ella. Recorrió el mundo para recoger los frutos que nos conciernen y jamás padeció la desdeñosa suficiencia de algunos profesores colombianos residentes en el exterior que siempre consideran a Colombia inferior a su megalomanía.

Arciniegas, por el contrario, tan criticado y vilipendiado por ellos, tuvo la insólita generosidad de poner a disposición de sus compatriotas todas las fuentes de sus estudios e investigaciones: los 15.934 volúmenes que secundaron su tarea. Pasamos allí de Hernán Cortés a Bolívar; del derecho indiano a la experiencia socialista boliviana de 1952 a 1964; del elemento vasco en el siglo XVIII venezolano al conflicto fronterizo Perú-Colombia de los años 1932-1933.

Consciente quizás de la desdeñosa indiferencia con que varios gobiernos, a lo largo de este siglo, han mirado a la cultura, usándola como adorno inevitable y regateándole el justo apoyo que merece, Arciniegas con esta donación particular subsana algunas de las deficiencias institucionales. Las falencias económicas que impidieron mantener al día ese acervo documental que desde la biblioteca de José Celestino Mutis, para señalar un solo hito, hacen de la Biblioteca Nacional no sólo el repositorio más valioso de nuestra memoria intelectual sino también el privilegiado lugar de encuentro de Colombia con el mundo.

En tal sentido Arciniegas, que fue con su siglo, ha sido un interlocutor destacado, a lo largo de todo el continente, con sus figuras claves. Las dedicatorias personales que enriquecen muchos de estos libros lo atestiguan, sin olvidar por ello los innumerables prólogos que el propio Arciniegas firmó con simpatía, trátese de *América en un mapa de 1498* de Gustavo Vargas Martínez, historiador colombiano activo en México, o la biografía de *Orellana*, escrita por el ecuatoriano Miguel Albornoz, o lo

que el escocés James Bryce escribió sobre la democracia norteamericana en 1880.

Arciniegas ha seguido los avatares de nuestra historia, desde los más diversos ángulos, y ha dado testimonio elocuente de sus reacciones, protagonista también en la elaboración de una concepción propia de nosotros mismos, aquella que toma en cuenta tanto la materia de nuestros actos como las miradas extranjeras sobre nuestras recurrencias y novedades.

Si el Fondo Germán y Gabriela Arciniegas sólo albergará la producción del donante, más de 60 libros, traducidos al inglés, francés, alemán, italiano, húngaro, rumano, infinidad de recopilaciones, separatas y contribuciones a volúmenes colectivos, ya sería invaluable como fuente de estudio y referencia. Estos libros son el taller donde se forjó la obra de quien es, no hay duda, uno de los más significativos escritores colombianos en este siglo.

Pero todo el tejido de amistades y corresponsales amigos que estableció Arciniegas como director de revistas, participante en coloquios internacionales, diplomático y viajero contumaz, que reconoce con su habitual humor como «lo mejor de viajar, es viajar invitado» hallan su mejor síntesis en este legado. La curiosidad de Arciniegas es legendaria y su labor periodística también lo ha obligado a mantenerse vivo y alerta. Por ello se ha pasado la vida husmeando entre papeles viejos, bibliotecas públicas, las de Nueva York, París y Roma, archivos, y amigos dispersos por los cinco continentes. Si a esto añadimos sus discípulos, en tantas universidades, de Colombia y el exterior, podemos imaginar las innumerables fuentes de abastecimiento que acrecentaron su colección.

Además ya no será necesario recurrir a las bibliotecas de las universidades norteamericanas para hallar, por fin, los libros chilenos, guatemaltecos o uruguayos, que nos interesan. Si el Internet vuelve un tanto desfasados estos anacrónicos nacionalismos, no sobra recordar, tampoco, cómo muchos de estos volúmenes, subrayados, corregidos, glosados, albergan también cartas de los autores, recortes de prensa, cambios en sucesivas ediciones, que los hacen ejemplares únicos. Que dan en definitiva no sólo el proceso interno del trabajo del escritor sino también dibujan el horizonte más amplio de un momento en la historia de América. Aquel que agrupa figuras como las de Leopoldo Zea en México, Luis Alberto Sánchez en el Perú, Roberto Levillier en Argentina, Arturo Uslar Pietri en Venezuela o Benjamín Carrión (1897-1980) en Ecuador. El título de un libro de Carrión es ilustrativo sobre esta generación, nacida con el siglo XX y ya extinguiéndose, que retoma la antorcha de *Los creadores de la nueva América* y la nómina de quienes la

componían: José Vasconcelos, Manuel Ugarte, Francisco García Calderón, Alcides Arguedas, tal como la registra el libro de Carrión, prologado por Gabriela Mistral y publicado en Madrid en 1928.

Libros como éste reflejan muy bien una época y sus ideas. Cómo a través de la letra impresa es posible un remozamiento de la historia, que nos traiga vivos a sus personajes y mantenga la continuidad necesaria. Que nos brinde una cierta autonomía mental, una extensión universitaria sin los requisitos académicos, que haga de los libros de historia, con ropaje literario, una grata y no por ello menos documentada forma de recobrar un pasado no tanto congelado sino simple y llanamente olvidado.

Los trabajos de Luis Alberto Sánchez, por ejemplo, sobre José Santos Chocano o Abraham Valdelomar, como los de Arturo Uslar Pietri sobre Simón Rodríguez o sobre el cerro de plata del Potosí aportan un caudal informativo y una recreación imaginaria similar a la que Arciniegas ha hecho con Jiménez de Quesada o los comuneros. Son un momento de nuestra autoconciencia histórica.

La biblioteca de Arciniegas, de la cual se edita ahora el catálogo especializado de los referentes a Historia de América, se constituye entonces en una suerte de gran antología activa del quehacer intelectual en nuestro continente. En qué pensaban, porqué combatir, cuáles proyectos unían a estos hombres, desde sus tierras o en el exilio político que padecieron casi todos ellos. Máxime si tomamos en cuenta que la Biblioteca Nacional de Colombia también alberga la copiosa correspondencia de Arciniegas con sus maestros, como Vasconcelos, y congéneres, desparramados por el planeta.

Estos heraldos juveniles de Rodo, en medio de dictaduras militares y dominio clerical, apostaron por una convivencia ilustrada, que en libros, universidades y columnas de periódico, y siempre con la tentación política al lado (Sánchez fue vicepresidente el Perú, Uslar Pietri candidato a la presidencia de Venezuela, y Arciniegas ministro y diputado) intentaba una tolerancia liberal en medio de las hirsutas pugnas ideológicas, y las disensiones propias de la guerra fría.

Pero su legado comienza a difuminarse, como en el caso de sus antecesores, en medio de los vertiginosos cambios tecnológicos y la más honda desigualdad social que experimentaron nuestros pueblos. Por ello es hora de volver a mirar sus libros y repasar su trayectoria. Sólo que en este Fondo Germán y Gabriela Araniegas hay algo más: una visión global de nuestra historia y de los documentos de base.

Incorporando textos del siglo pasado, hechos algunos en beneméritas empresas locales, como la Imprenta de Vapor de Zalamea Hermanos y La

Imprenta de la Luz, o ya en nuestro siglo por Voluntad, Cromos o la Librería Colombiana, los focos de interés de Arciniegas traspasan las fronteras y terminan por enriquecer sus variadas secuencias temáticas con aportes que provienen no solo de todo el continente sino de Europa en general.

Allí están Colón, Vespucci y el descubrimiento; los conquistadores, los movimientos preindependistas y los comuneros; Bolívar, San Martín, Benito Juárez, Santander y el proceso de independencia; el conflicto y el intercambio entre Europa y América; las historias de Venezuela y Argentina, donde residió como diplomático; la de Estados Unidos, donde actuó como catedrático y la de Cuba, de donde provenía una rama de su familia. En fin, todos los países y todas las figuras son aquí convocados. De los cronistas de Indias a Mariano Picón Salas y Lewis Hanke. De Flora Tristán a Victor Raúl Haya de la Torre y el APRA. De José Martí a Cecilio Acosta, del padre Las Casas a Rafael Núñez, de los palenques a los bucaneros, de las encomiendas al *status* de Puerto Rico, de las misiones jesuitas y capuchinas a la revolución cubana y la figura de Fidel Castro. De la presencia universal en América, con aportes de Europa, Asia y África, a crónicas y leyes, documentos y memorias, autobiografías y panfletos. Del virreinato a la guerrilla, y de Andrés Bello a Alfonso Reyes. En definitiva, un conjunto rico y variado, desbordante de suscitaciones y digno de un análisis pormenorizado.

Estudiar una biblioteca es descifrar también la mente de quien la leyó en su momento. Al haber perdido la vista, como Borges, Arciniegas debió sustentarse en el caudal nutricional de su memoria y en la vastedad de sus recuerdos imborrables. Quizás por ello quien le dio tanto color a nuestra historia, bien puede rubricar lo que Carlos Vossler señala en su libro sobre *Jean Racine*:

Toda visión, por muy objetiva e histórica que sea, se halla iluminada y ensombrecida subjetivamente y es justamente esa circunstancia la que la hace aparecer con colores de vida.

Encontrarnos aquí con las obras de historiadores como el chileno Mario Góngora, el venezolano Germán Carrera Damas, el colombiano Juan Friede o el norteamericano Frank Tannenbaum es comprobar una vez más, cómo Arciniegas, en alguna forma, conocía aportes de la más reciente historiografía americana. Estaba al día. De otra parte, tropezarnos con las obras de Antenor Orrego, César Zumeta o Fernando Díez de Medina es también comenzar a inquirir cuanto de ellas subsiste. Pero no debemos olvidar que Arciniegas también puede disfrutar con títulos